

cosas del Olimpo no sabrá completarla y hasta dirá que es imposible.

Cuando Tarrion fué presentado al Virrey, S. E. dijo:

—¿Con que este es el mozo que atacó violentamente al gobierno de la India? No olvide usted caballerito, que esto no se hace dos veces.

Sin duda sabía algo.

Al ver Tarrion su nombramiento publicado exclamó:

—Si Mrs. Hauksbee tuviera veinte años menos y me casara con ella, antes de quince, llegaba á ser Virrey de la India.

Mrs. Hauksbee por su parte, al darle el escotero las gracias casi con las lágrimas en los ojos, exclamó:

—Ya se lo había dicho á usted,—y al quedarse sola añadió:

—¡Qué tontos son los hombres!



LA SEÑORA DEL SUBALTERNO

¡Si gritas, ¡vil asesino!,
en medio á la multitud,
todos, con gran inquietud,
mirarán á su vecino;
! porque desde que á Cain
acosamos con fiereza,
el miedo á nuestra vileza
ni mengua, ni tiene fin!

(*Moralejas de Vibart.*)

SHAKESPEARE dice algo respecto á los gusanos, ya sean gigantes, ya como escarabajos, que, si se les pisa, se revuelven furiosos.

Lo más prudente es no pisarlos jamás, aunque se trate del último subalterno procedente de Inglaterra, que apenas haya sacado los pies del plato y que aún conserve en las mejillas los colores producidos por la succulenta vaca inglesa.

Esta historia es la de un gusano que se revolvió. En obsequio á la brevedad le llamaremos Enrique Augusto Ransay Faizanne, el *Gusano*, aunque, en realidad, cuando ingresó en el segundo de Shikarris, donde por varios conceptos fué muy desgraciado, era un chico guapo, barbilampiño y con una cintura como la de una señorita.

Los Shikarris forman un regimiento de preferencia, y para poder vivir con ellos hay que saber hacer bien muchas cosas: tocar el banjo (1), montar y guiar con perfección, cantar y representar.

El *Gusano* no sabía más que caerse del caballo ó levantar astillas con la lanza de su coche en la puerta de la Administración de Correos, cosas que, al cabo de cierto tiempo, llegaron á ser monotonas. Además se peleaba en el whist, rompía el paño de la mesa de billar, desentonaba cantando, se cuidaba mucho y escribía á Inglaterra á su madre y á sus hermanas.

(1) Instrumento de cuerda con caja redonda de la forma de un tamboril y mástil como el de la guitarra.
—(N. del T.)

Cuatro de estas cinco cosas eran vicios, que los Shikarris censuraban consagrándose á extirparles.

Todo el mundo sabe lo que los subalternos son con los compañeros: amables y sin permitirse actos de crueldad; costumbres muy buenas y muy hermosas, puesto que no hacen daño á nadie, á no ser que algunos pierdan la cabeza, en cuyo caso se producen perturbaciones. Una vez había uno... pero esta es otra historia.

Los Shikarris, *shikarriaban* demasiado al *Gusano*, y él lo soportaba todo sin pestañear; pero era tan bondadoso, tenía tantas ganas de aprender y se ruborizaba tan fácilmente, que su *educación* duró poco, y todos le dejaron que hiciera su santa voluntad, menos el subalterno más antiguo, que continuó siendo para él un verdadero castigo.

Y no es que el tal subalterno quisiera hacerle daño, no; mas sus burlas eran groseras y no sabía cuando pasaban de la raya.

Había esperado por mucho tiempo un ascenso, y esto siempre agría á los hombres.

Además estaba enamorado, y el amor le empeoraba.

Un día se llevó el coche del *Gusano* para una señorita que no existía; le ocupó toda la tarde, fingió una carta de gracias de la supuesta señorita, y después, cuando lo estaba contando todo en el Casino de oficiales, el *Gusano* se levantó, y con su vocecita de mujer, dijo tranquilamente:

—Fué una buena *trastada*, pero apuesto la paga de un mes contra la de usted, cuando usted ascienda, á que he de jugarle á usted otra, de la que se acordará durante toda su vida y se acordará el regimiento después que usted muera ó reviente.

Dijo esto sin incomodarse, y todos los demás aplaudieron riendo. El subalterno, por su parte, miró dos veces al *Gusano* de pies á cabeza, y respondió:

—Hecho, niño.

El niño puso á los compañeros por testigos de que la apuesta había sido aceptada, y sonriendo dulcemente comenzó á leer en un libro.

Fasaron los meses, y el subalterno siguió educando al *Gusano*, que empezó á cobrar más vida á medida que el tiempo caluroso se aproximaba.

Ya he dicho que el subalterno estaba enamorado; pero lo verdaderamente curioso es que la muchacha le correspondía, y aunque el coronel decía cosas terribles y el comandante refunfuñaba y los capitanes casados tomaban un aspecto de majestuosa sabiduría y los oficiales más jóvenes se burlaban, las relaciones siguieron.

El subalterno se puso tan contento al lograr el mando de una compañía, lo que coincidió con que la chica aceptara su amor, que hasta se le olvidó que debía fastidiar al *Gusano*.

Una noche, al principio del verano, todos los oficiales, menos el *Gusano*, que se había retirado á sus habitaciones para escribir á la familia, estábamos sentados en la galería, delante de la casa del Círculo. La banda había cesado de tocar, pero nadie pensaba en irse; las señoras de los capitanes estaban también allí.

La locura de un enamorado es ilimitada. El subalterno estaba ensalzando los méritos de su prometida; las señoras hacían señales de asentimiento y los hombres bostezaban, cuando de pronto se oyó el crujir de unas faldas en

la obscuridad, y una voz débil y cansada gritó:
—¿Dónde está mi marido?

No pretendo en lo más mínimo hacer reflexiones respecto á la moralidad de los Shikarris; mas debo consignar que cuatro hombres dieron un salto como si les hubieran pegado un tiro. Tres de ellos estaban casados, y tal vez se aterraran ante la idea de que su mujer hubiera venido de Inglaterra sin avisarles; el cuarto dijo que había cedido al primer impulso, dando después más amplias explicaciones.

--Lionel—gritó la voz.—Lionel era el nombre del subalterno,—y una mujer penetró en el pequeño círculo de luz de las bujías colocadas en las mesas de whist, extendiendo sus manos en la obscuridad hacia donde estaba el subalterno, á la vez que sollozaba.

Todos nos pusimos en pie, comprendiendo que algo iba á pasar, y dispuestos á creer lo peor.

En este pequeño y desgraciado mundo, sabe uno tan poco de la vida del hombre que tiene al lado, aunque después de todo á éste es al único que eso le interesa, que cuando un gran escándalo llega no nos sorprende.

Cada día puede ocurrir una cosa que cambie la suerte de uno.

Acaso el subalterno había sido pescado en su juventud.

Á los hombres, á lo mejor, suelen sucederles estos percances.

No sabíamos nada, necesitábamos oír, y las señoras capitanas estaban tan ansiosas como nosotros.

Si había sido atrapado, tenía excusa, porque aquella mujer desconocida, con los zapatos llenos de polvo y con un traje gris de viaje, estaba encantadora: negro el cabello y negros los espléndidos ojos llenos de lágrimas.

Era alta, de hermosa presencia y su voz suspiraba de tal suerte, que daba verdadera compasión.

Apenas el subalterno se levantó le echó los brazos al cuello; le llamó querido mío, le dijo que no podía estar lejos de él y sola en Inglaterra aguardando; que sus cartas eran cortas y frías, que le seguiría hasta el fin del mundo y que si era posible que él la hubiera olvidado.

Todo esto estaba hecho y dicho de un modo que no era propio de una señora: ¡había demasiada expresión!

La cosa iba poniéndose fea: las señoras capitanas miraban de reojo y por encima del hombro al subalterno; la cara del coronel era la de un ángel exterminador, cubierta de hezizadas cerdas grises y durante algunos momentos nadie habló.

Al fin el coronel dijo secamente:

—Muy bien, señor mío.

La mujer volvió á sollozar.

El subalterno estaba medio ahogado por aquellos brazos que rodeaban su cuello, y aunque con voz sofocada pudo decir:

—Eso es una mentira, indecente, ¡yo no he tenido mujer en mi vida!

—No lo jure usted—gritó el coronel.—Entremos en el Círculo. Es preciso aclarar esto de algún modo. Y suspiró en silencio porque creía en sus *Shikarris*...

Nos precipitamos atropelladamente en la antecámara, y allí con mucha mejor luz pudimos ver cuán bella era aquella mujer.

Ella se detuvo en medio de nosotros; ya parecía ahogarse gritando, ya se mostraba dura y altiva, ya oprimía entre sus brazos al subalterno: aquello parecía el cuarto acto de una tragedia.

La desconocida nos refirió que Lionel se había casado con ella cuando estuvo con licencia en Inglaterra hacía dieciocho meses, y demostró que sabía lo que todos sabíamos de la familia del subalterno y de la vida de éste.

Él estaba del color de la ceniza, tratando inútilmente de interrumpir aquel torrente de palabras, y nosotros, viendo lo guapa que era ella y lo criminal que era él, le contemplamos como á una fiera de la peor especie, aun cuando nos inspiraba cierta lástima.

Jamás olvidaré la acusación de la mujer del subalterno contra éste: *ni él* la olvidará.

¡Fué tan inexperada, surgió de la obscuridad tan súbitamente para caer en el centro de nuestra monotonía vida!...

Las capitanas, se quedaron un poco atrás; sus ojos estaban encendidos y se podía advertir que habían declarado ya convicto y habían sentenciado al pobre Lionel. El coronel parecía que había envejecido cinco años; un comandante, se tapaba los ojos con las manos y por debajo de éstas miraba á la mujer, otro se mordía el bigote y sonreía tranquilamente como si estuviera asistiendo á una comedia; y en el espacio que quedaba abierto en el centro

ocupado por las mesas de whist, el perro de Lionel se mataba las pulgas.

Recuerdo todo esto como si tuviera delante una fotografía y no olvido tampoco el sello de horror impreso en la cara del subalterno.

Aquella cara parecía la de un hombre ahogado, salvo que era mucho más interesante.

Finalmente, la mujer, dió el golpe de gracia diciendo que Lionel tenía grabadas en el hombro izquierdo una F y una M entrelazadas.

Todos sabíamos esto, y para nuestras inocentes inteligencias, aquello remachaba el clavo; pero uno de los comandantes solteros, dijo con mucha finura:

—Supongo que el enseñarnos vuestra partida de casamiento sería mejor para el objeto.

Aquello la irritó; hirguióse, miró al subalterno despreciativamente como se mira á un ser miserable, é insultó al comandante, al coronel, á todos. Después, lloró, metió la mano en su pecho, sacó un papel y dijo con imperio:

—Tomad y que mi marido, mi legal y legítimo marido lea esto en voz alta si se atreve.

Reinó un silencio profundo; los hombres nos miramos los unos á los otros, y el su-

balterno, adelantando aturdido, vacilante, cogió el papel.

Los demás, á la vez que mirábamos asombrados, estábamos pensando si al final resultaría algo en contra de alguno de nosotros.

El subalterno, tenía la garganta seca; pero apenas sus ojos recorrieron el papel, lanzó un rugido de satisfacción y dijo dirigiéndose á la mujer:

—¡Ah, pillo!

La mujer había huído por una puerta. El papel decía: «Este papel certifica, que yo el *Gusano*, he pagado cumplidamente todas mis deudas al señor subalterno y además que éste me debe, con arreglo á lo estipulado el 23 de Febrero, siendo testigos los socios del Círculo, la paga de capitán, correspondiente á un mes, en moneda corriente en el Imperio de la India.»

Inmediatamente una comisión fué á buscar á su casa al *Gusano*, y le encontró ocupado en desembarazarse de sus disfraces; con el sombrero, la peluca, la falda de lana y demás prendas sobre la cama.

Volvió el *Gusano* al Círculo, como estaba cuando le hallaron, y al verle los *Shikarris*,

gritaron y aplaudieron tanto, que los artilleros desde su Casino, mandaron á preguntar si se les permitiría tomar parte en la broma.

Creo que todos nosotros exceptuando al coronel y al subalterno, estábamos algo disgustados viendo que el escándalo había quedado reducido á nada: tal es la naturaleza humana.

No se podía decir nada respecto á la conducta del *Gusano*, la cual prueba, lo cerca que están á veces una tragedia de un sainete.

Cuando la mayor parte de sus compañeros sentados alrededor de él, como si fueran jueces, le preguntaban por qué no les había dicho que su fuerte era representar, contestaba tranquilamente:

—Nunca pensé que á ustedes pudiera interesarles. Acostumbraba á hacer comedias en casa con mis hermanas.

Mas esto de trabajar con señoritas, no podía relacionarse con lo hecho aquella noche. Personalmente, creo que fué de mal gusto y además peligroso: no se debe jugar con fuego.

Los *Shikarris* le nombraron presidente del Centro dramático del regimiento, y cuando el subalterno pagó su deuda, lo que hizo en el

acto el *Gusano*, gastó el dinero en decoraciones y trajes: era un buen *Gusano* y sus compañeros estaban orgullosos de él.

Lo único malo fué que le pusieron por mote *La señora del subalterno* y como ahora hay dos señoras del subalterno en la guarnición, esto confunde un poco á los extranjeros.

Después les contaré á ustedes un caso algo semejante á éste, pero en el cual no hubo bromas sino verdaderas desgracias.

